

DONDE LA TELA CEDE Y OSCURECE LA MEMORIA

Los huecos de la memoria

RAQUEL ZARAZAGA

Van ocurriendo acontecimientos en nuestra vida, acumulamos experiencias, pasamos por diferentes situaciones ... y mientras, nuestras neuronas reciben las cosas que nos impactan y envían impulsos al hipocampo y otras estructuras neuronales para fijarlas. Recordamos no solo información objetiva, sino también otro tipo de datos: sensaciones subjetivas asociadas a los sentidos y aún más, emociones que desencadenaron determinadas vivencias y que pretenden anclarlas así para permanecer de alguna manera. Pero este recuerdo será siempre incompleto. Y además, según los científicos, es necesario poder olvidar para trabajar con nueva información. De hecho, hay una parte de este proceso que tiene hasta una huella reconocible. Me refiero a la influencia de la proteína Scribble que parece ser la encargada de ir deshaciendo y modificando las conexiones en las redes neuronales de nuestros recuerdos modificando los patrones de datos que ya no usamos.

Nuestro cerebro descarta lo que cree que es menos importante para preservar el recuerdo. Y ese recuerdo se va modificando con el tiempo y con las revisitaciones. ¿Pero qué pasa con los huecos?

Todo proceso de elaboración de la memoria tiene importantes momentos de silencio. Cuando se realiza una entrevista a alguien y se le pregunta sobre su vida, bien sea con fines terapéuticos o simplemente literarios o periodísticos, sabemos que se llega a momentos así. Quedan algunas impresiones adheridas como las escamas del pescado a algunos recuerdos. Y si estos son dolorosos, normalmente preferimos no nombrarlos. Es preciso aceptar además que hay datos que se pierden, que ni se recuerdan o ni se nombran. Oscuridades impenetrables. Vacíos de la memoria. Otras, simplemente son recuerdos que se escapan en un vuelo fugaz. Y hay que dejarlos ir.

*“Assim, pouco a pouco
escolhi, o presente Silêncio
Silêncio, tão pouco querido
oh, derradeiro momento
Silêncio, Momento, Silêncio”*

(Letra de Pedro Ayres Magalhães para *Madredeus*)

Un estudio con pacientes con amnesia decía demostrar que aunque los recuerdos desaparecían del

cerebro, las emociones y sentimientos asociados a ellos pueden pervivir durante más tiempo...

Y vivimos aferrados a la idea del tiempo como depósito o como división infinita de posibilidades, quantum continuum de la existencia, la que nos permite ser y la que nos hace posible en su consciencia, frágil, limitada, pero sentida.

Fugaz el cuerpo y el espacio que lo delimita, reconocemos que el tiempo horada los recuerdos y los oculta o los destierra, dejándonos a veces desnudos, otras ligeros para seguir el viaje.

Y quizás debamos ser prudentes: el corazón, cuidadoso, acopla emociones entre los pliegues de la memoria: placeres delicados, estaciones marchitas, colmillos sangrantes o palabras nunca dichas comparten la estancia. Videoframes emocionales que nos retratan, que hablan de ti, de tu íntimo nacer con cada roce, hasta el solamente sentido, el intuido, el anhelado...

Los deseos son más que simples reacciones fisiológicas, no sólo son capaces de dilatar pupilas, contraer músculos y liberar glucosa... Agitan nuestra respiración y nuestros sentidos, para permitirnos ver más allá del temblor, y así sobrevivir al invierno, a los años de sequía, al olvido... el impuesto por tus propios pasos o por las circunstancias, sirviendo a veces de bálsamo pero no de remedio eficaz.

Y por qué si a veces vivir no logras, no permitimos recuperarlos de entre las sombras, releer sus letras borrosas y pasar página o permitirte creer en el futuro cuando recreas un gesto, la esquina de una sonrisa que sigue pegada a ti. Podrán entonces nacerte los nombres para rimarlo, confundiendo todos los momentos, convertidos en instante único que cíclico se estira y encoje, latido imperturbable que se agolpa en el encuentro. Los vocablos rastrearán tu andanza, queriendo destilar la savia del alma que así se expresa, a contraviento si fuera necesario...

Según los homeópatas, el agua tiene “memoria”. Las moléculas de agua que rodean una sustancia determinada pueden capturar y conservar ondas electromagnéticas emitidas por dicha sustancia después de que se haya diluido hasta el punto de desaparecer. Sea o no científicamente cuestionable como principio, sí me vale para reflexionar sobre los objetos que nos rodean. ¿Acaso ellos almacenan también algo de nuestras vi-



Fotógrafo: Darío Rivera

das? Hace poco leía la crónica de un amigo que visitaba los lugares en los que habían vivido sus antepasados en una ciudad y en un país de otra latitud en los que nunca había estado: la casa solariega de un bisabuelo, con sus pasillos, con sus ventanas desde las que mirar al mundo...y decía sentir el latido del corazón de su madre y de sus hermanas entre esas paredes, experimentar algo de lo que todos ellos y ellas sintieron en su piel, respiraron en sus pulmones, vieron con sus ojos...Y desde ahí seguro que volvería a los momentos reales vividos con ella, cuando le cogía la mano. Y como dice la poeta "... de pronto me di cuenta/de que todo este tiempo juntos/ no pesaba nada/era ligero como las semillas/del diente de león/paracaídas para sobrevolar infancias/todo era túnel del tiempo/y un gran cartel a la salida: /el amor está vivo/ por eso sangra..."(Ana Pérez Cañamares)

Porque aunque es cierto que nosotros estamos hechos de glándulas, tejidos, que nuestra piel respira por sus poros... no es esto lo único real. Y si bien dicen que "Cada vez que producimos un pensamiento, o tenemos una motivación, o experimentamos una emoción, siempre se trata de química" solo nuestro cuerpo no nos basta. Nacimos humanos, carne doliente, apunte o brote organizado en sistemas, aparatos, sentidos ...que tan sólo perciben falsas imágenes de lo que realmente existe, pero nuestros huesos y nuestros músculos se tensan y quieren más. La capacidad contráctil de sus músculos no es suficiente. Y seguimos buscando. Y nos adentramos a veces "Entre les trous de la memoire" como el cuadro de Dominique Appia y al asomarnos parece que una parte de nosotros pertenece a lo que estás viendo, ese mundo surrealista, una vida entera en torno a un lugar, una habitación con seres en los que se transparentan todos los que en nosotros están y nuestro ADN recoge. Y aunque a veces duela, como Günter Grass nos recuerda con la metáfora de la cebolla de la memoria que, al ser pelada, revela verdades que nos hacen llorar, no vamos a dejar de mirar.

Y escribo esto de vuelta del hospital donde estuve de cura con ella, con mi madre y su demencia senil, su condición actual y con quien experimento de nuevo la necesidad de reflexionar sobre esos lugares "donde la tela cede y oscurece la memoria" y donde se mezclan mi eterno impulso por querer saber por qué somos tal

como somos (que me llevó a estudiar psicología) ; mi necesidad de seguir el movimiento de los átomos y de drenar mi interior usando la palabra(que me llevó a ser poeta) y donde no encuentro más que su jerga, similar a lo que en informática llaman "un hueco de retardo" en el que las instrucciones parecen ejecutarse de un modo ilógico sin tener en cuenta los efectos de la instrucción precedente y su mano, esa mano que en estos últimos años se deja coger por la mía mucho más que en los anteriores años de nuestra vida en común. Por eso escribo así...

"La memoria-dice Plotino- es para quienes han olvidado. Los dioses no tienen memoria porque no pueden olvidar." ¿Y si se nos olvidara acordarnos de esto? Cómo atravesar el tiempo sin rozarse con los días. Sin inmutarse. Sin ir hacia ningún sitio porque el olvido borra el significado de ese "hacia". Deja mucho espacio libre en el disco duro pero no importa. Cuando el almacenamiento se vuelve imposible, vivir parece un exceso, o un mero adorno. Por eso, quienes son poseídos por el olvido ya no se adensan más. Se concentran en su núcleo como incapaces de producir más energía hasta volverse casi transparentes... La presión de degeneración de la que hablan los físicos. La materia degenera y se vuelve rígida hasta desaparecer. Quienes en ellos tuvimos a una madre, un marido, un hermano, una abuela... solo les vemos menguar, la carne pegada al hueso, la piel cada vez más seca...Tan solo un espasmo en el corazón de una estrella, atrapado entre pasado y futuro. Agotado ya su combustible, expulsados del tiempo y del espacio, mero cadáver estelar absorbido por la galaxia, ese mundo en el que se vierte la oscuridad, para no volver a ser jamás lo mismo, para no volver a ser ya más sino lo que se ha sido... Hay quienes en estos niveles hablarán de destino, de irrealidades, de lo extraño que resulta el usar las palabras para intentar explicarnos... La insignificancia de lo que realmente importa.

Quando todo en silencio
oyes los latidos del corazón.
De cualquier corazón.
Ya sin tiempo.
De eso se trata...

**El verso que da título inicial a este artículo es de la poeta chilena Julieta Marchant*